

de educación helénica, que á los 35 años se trasladó á Roma, en donde adquirió el derecho de ciudadanía (184), vivió como maestro y como poeta, y se elevó con el favor de los magnates romanos, especialmente de Marco Fulvio Nobilior. Su crónica poética, que en 18 libros trata de la historia romana hasta el año 177, dedicando los 13 últimos á la época de Pirro, fué escrita en 173 en exámetros, con un espíritu helénico. Ennio quiso imitar la poesía homérica. Su obra, aun cuando se hallaba poco inspirada en el romanismo, fué muy apreciada, ya por su contenido histórico, ya por la bondad de los versos. También este semi-romano cultivó la musa trágica, dando á luz, ya arreglos de obras de los grandes griegos, especialmente de Eurípides, ya producciones originales tomadas, como las de Nevio, de asuntos de la historia romana.

Entre tanto había llegado la época de que los romanos mostrarán con las armas su agradecimiento á los griegos, á quienes veneraban como maestros de su cultura, y en efecto, se manifestaron respecto de ellos bajo mejor aspecto que el que habían revestido cuando su primera alianza con los celtas etolios.

IV.—NUEVA GUERRA CÉLTICA EN ITALIA DESDE EL AÑO 201.
SUMISION DE LOS CELTAS

A pesar de la victoria obtenida sobre los héroes cartagineses, á pesar de la sumision de la potencia púnica, no les fué dado á los romanos, despues de la paz de Escipion, entregarse por mucho tiempo á la tranquilidad, á los trabajos y á las bendiciones que habían de ser consecuencia del sosiego público, pues existían distintos motivos para no dejar descansar las armas romanas. Pronto tuvo el Senado la prueba, que luego se repitió á menudo, de que los gobernantes de un Estado conquistador no podían, á su arbitrio, marcar la línea que debía servir, á su modo de ver, de término de su poderío, y de que una gran nacion situada en medio de un sistema de numerosos Estados, y teniendo que proteger sus intereses mediatos é inmediatos, no podía mirar indiferente los movimientos que allendé sus fronteras se verificasen. Dos cosas importantes contribuyeron á hacer comprender á los romanos esta ley natural política. Por un lado, la experiencia les había demostrado durante diez y siete años cuán peligroso era para ellos un Anibal: la pléyade de hombres de Estado y de oficiales que durante la segunda guerra púnica adquirieron gran caudal de experiencia, no olvidaron mientras vivieron las ruinas y los campos de cadáveres de Italia, y no pudieron desterrar la angustia que sentían al recordar el nombre del leon africano. Por esto la política extranjera del Senado estuvo inspirada en este recuerdo desde la batalla de Zama hasta la ruina de Cartago. Y como los romanos solo abandonaron todo temor cuando vieron á Anibal muerto y convertida Cartago en un Estado poco menos que yermo, no pudieron entonces olvidar cuáles eran los aliados con quienes el gran guerrero púnico había esperado vencer á los romanos. Los celtas de la Alta Italia, las tribus hispánicas y las falanges macedónicas fueron los puntos á que dirigió el Senado su atencion despues de la batalla de Zama. Cierito que Cartago había sido vencida, pero subsistía Anibal con toda su virilidad, y ¿quién podía asegurar que el genio de aquel hombre sin igual no se levantaría de nuevo en armas contra Italia? En todo caso, era preciso ajustar cuentas con los celtas y consolidar lo mas pronto posible el dominio de la Alta Italia, que se encontraba ya en poder de los romanos. En cuanto á España, era difícilísimo que los cartagineses pudiesen sentar de nuevo en ella sus reales, aun cuando la política romana se sintiera inclinada á dejar libre la península de los Pirineos. Por último, el rey Filipo V de Macedo-

nia, con el cual Roma debía ajustar también cuentas antiguas y recientes, atrajo sobre su cabeza, con su influyente política, la tempestad, mucho antes de lo que los romanos hubieran querido.

Como era natural, las nuevas luchas de las tropas itálicas comenzaron en un territorio que nunca había gozado de la paz, y en el cual los romanos no solo querían ejercer su venganza de los anteriores agravios, sino también atender á sus intereses materiales y militares, principalmente en el territorio de los celtas, pueblo que mostró en esta ocasion una energía de que no había dado pruebas durante la guerra de Anibal, con gran perjuicio de este heroico cartaginés. Ya en el año 201, ó sea el de la paz de Escipion, el cónsul P. Elio Peto había comenzado con grandes fuerzas la guerra contra los boyos, para salvar las amenazadas fortalezas de Plasencia y Cremona. Los celtas, sin auxilio extranjero alguno, hicieron una enérgica resistencia: una victoria por ellos conseguida y la cooperación de un oficial cartaginés, llamado Amilcar, que desde el tiempo de Magon se había establecido en la comarca, tuvieron por consecuencia que todos los celtas de la Alta Italia, incluso los cenomanos, se alzasen en armas contra los romanos. Con gran espanto de estos, consiguieron aquellos, en el año 200, apoderarse por asalto de la fortaleza de Plasencia, que durante tanto tiempo había resistido tenazmente sus ataques y los de los cartagineses, librándose de la muerte solo 2,000 habitantes. Amilcar, que conducía á los celtas se dirigió entonces contra Cremona, pero fué vencido y muerto en una batalla que libró contra el pretor L. Furio Purpúreo.

Entre tanto, el fatigado pueblo romano había entrado en nueva y difícil guerra con los macedonios, y al propio tiempo se había recrudecido la lucha en España, de suerte que los romanos se veían apurados para dominar á los celtas. El ejército del irreflexivo Cneo Bebio Tanfilo penetró, en 199, en el territorio de los insubrios, pero fué completamente derrotado, pudiendo á duras penas los romanos conservar á Cremona y recuperar á Plasencia. En el año 197 los dos cónsules hubieron de marchar juntos hácia la comarca del Po, en donde el cónsul Quinto Minucio logró, no sin sufrir grandes pérdidas, impedir que los boyos y las tropas ligurias que habían acudido á su auxilio, se unieran con los insubrios. Cayo Cornelio Cetego consiguió sobre estos últimos una importante victoria junto al Mincio, gracias á que los cenomanos, durante la batalla y para atraerse el perdón de los romanos, se pasaron á estos y atacaron por retaguardia á los insubrios. Una nueva derrota y la pérdida de Como indujeron á estos en 196 á entrar en negociaciones con los romanos. En cambio, la lucha entre estos, los boyos y los ligurios se prolongó por espacio de algunos años todavía; pero despues de una derrota sufrida en Mutina (193), comenzaron á debilitarse las fuerzas de los boyos que, acosados por las superiores de los romanos, y nuevamente derrotados en 191, por el cónsul Escipion Nasica, hubieron por fin de someterse á su infausto destino.

Las nuevas conquistas fueron tratadas por los romanos de un modo muy desigual. Los cenomanos y los insubrios solo hubieron de reconocer la soberanía romana, y, si bien no obtuvieron el derecho de ciudadanía, pudieron conservar sus instituciones nacionales. La mision de esta tribu, que se fué romanizando muy rápidamente, consistió en vigilar los pasos de los Alpes, no debiendo tolerar, bajo condicion ninguna, la inmigracion de nuevos celtas de los que habitaban las comarcas del otro lado de dicha cordillera. La suerte de los boyos fué mas dura, pues hubieron de ceder á los romanos la mitad de su territorio, y los que permanecieron en el resto fueron casi por completo absorbidos por los romanos. To-

dos los países que se extendían hasta el Po fueron de tal manera colonizados por los romanos, que desde entonces este gran río de la Alta Italia fué, durante mucho tiempo, la línea etnográfica limitrofé. Además de las restauraciones de que fueron objeto las antiguas colonias de Plasencia y Cremona, se creó en 189 la colonia fortificada de Bononia, con derecho latino, á la cual siguieron muy pronto la construcción de nuevas vías militares y la fundacion de otras colonias en el suelo céltico. Ya en 187 M. Emilio Lépidio prolongó la vía militar desde Ariminum hasta Plasencia, y todavía hoy es conocida por los italianos con el nombre de «Emilia» la comarca atravesada por la vía de este nombre. Al propio tiempo y por medio de una vía que atravesaba directamente los Apeninos, pusieron en comunicacion Aretium y Bononia, de suerte que los habitantes itálicos y las legiones podían por ella dirigirse al valle del Po. En el año 184 se fundaron en la antigua comarca de los senones, Potencia, junto á Recanati, y Pisaurum (hoy Pésaro), mientras en la citada vía Emilia, además de Bononia, se extendía en 183 Mutina y se fundaba Parma. Todas estas plazas fueron colonias romanas.

V.—GUERRA LIGURIA. LAS PROVINCIAS HISPÁNICAS Y LA GUERRA HISPANA

Al mismo tiempo y á raíz de la guerra céltica, habíase encendido una nueva lucha que entretuvo á los romanos por espacio de algunos años, y que no podían evitar si querían asegurar la posesion de la Alta Italia. Nos referimos á la lucha con las rudas tribus ligurias que excitaron la cólera de los romanos, pues los ligurios, á mas de ser unos vecinos peligrosos de la Etruria y de asolar como corsarios las aguas de sus mares, se habían aliado últimamente con los boyos. Esta lucha había comenzado con carácter de gravedad en 193, y se había seguido principalmente desde Pisa, siendo, hasta despues de la sumision de los boyos, teatro de sangrientos combates el territorio que desde este punto se extendía hasta las fronteras occidentales celtas. La guerra liguria duró por espacio de muchos años: los romanos que la utilizaban como escuela de instruccion militar para sus soldados y aun para sus generales, no intentaron nunca, que nosotros sepamos, reunir un gran ejército y concebir un plan completo, para vencer en una sola batalla á los pueblos montañeses de esta raza. Despues del primer ataque importante, en el cual los romanos se vieron en grave peligro y sufrieron sensibles y numerosas pérdidas, tomó esta guerra un carácter monótono. Al principio trataron los romanos de exterminar la raza de los merodeadores apuanos que habitaban en los Apeninos, entre el Arno y el Macra, y que tantos perjuicios causaban á Pisa, Mutina y Bononia. Cuando L. Emilio, hijo del caudillo muerto en Canas, fué nombrado procónsul en el año 181, 47,000 ligurios fueron trasladados como colonos á la comarca de Benevento (181 á 180). Reconquistada en 176 Mutina, que momentáneamente había caído en poder de los ligurios, vencidos definitivamente en 175 los pueblos montañeses, establecida en Pisa (180) y en el puerto de Luna (177), ciudad que, situada junto al Macra (no lejos de Spezzia), había sido convertida en plaza fuerte, una poderosa colonia latina; unida Luna con Roma por medio de la vía Aurelia, y la inmediata Luca con Florencia y Aretium, por medio de una vía análoga, pudo considerarse completamente sometida la comarca situada entre el Arno y el Po. Mas tiempo duraron las luchas con los pueblos ligurios que habitaban los Apeninos genoveses y los Alpes marítimos. En el año 166 comenzó á amortiguarse la resistencia de estos montañeses, de tal suerte que en 154 pudo atacarse seriamente á las tribus ligurias de los oxibios y deceatos que habitaban allen-

de los Alpes, en las cercanías de Massalia. Al mismo tiempo que se sostenía la guerra liguria, promovióse la contienda crónica contra los indígenas de la isla de Cerdeña, lucha que en 177 tomó tal carácter de gravedad, que Tiberio Sempronio Graco hubo de acudir al teatro de la guerra con 23,000 hombres. Este general, en dos años venció la rebelion, elevándose á 80,000 el número de sardos que ó perecieron ó fueron conducidos á Italia como esclavos.

Muy importante fué también durante algunos siglos la tentativa hecha por los romanos para poner término por medio de plazas fuertes en el extremo Nordeste de Italia á las piraterías de los istrios y para evitar en lo posible que las hordas salvajes ó los ejércitos civilizados de Oriente invadiesen las posiciones peligrosas, por lo accesibles, que ocupaban dichos istrios en la comarca baja circuida por los Alpes. Los romanos levantaron, desde 183 hasta 181, la importante fortaleza de Aquilea que establecieron como colonia con derecho latino y que consiguió ser una de las mas florecientes ciudades de la Italia, pero cuya fundacion fué causa de una guerra con los istrios, que terminó en 177 en pro de los romanos. Los modernos investigadores han observado que Aquilea fué de todas las colonias romanas de Italia la última que tuvo el derecho latino, pues las fundaciones posteriores que nos son conocidas, tales como Potencia, Pisauro, Parma, Mutina y Luna, se fundaron sobre la base del derecho completo de ciudadanía. Los nuevos colonos fueron sacados exclusivamente de entre los ciudadanos romanos, si bien, por la limitacion de los derechos de los pueblos latinos, de que ya hemos hablado distintas veces, aun los romanos mas pobres no querían cambiar su derecho de ciudadanos por el latino, á pesar de las grandes ventajas que se les ofrecían.

Paralelamente con las luchas de la Alta Italia, corrieron las difíciles guerras de España. En algunos puntos de este país y por parte de los habitantes, que en su candidez habían creído que los romanos se presentaban en su península solo para librarles de la dominacion cartaginesa, hubo, despues de vencido el ejército primero, levantamientos en cuanto los caudillos comprendieron que el intento de los romanos era establecerse definitivamente en sus territorios. Solo se consideraron seguras para los romanos las ciudades griegas y fenicias de la costa, desde Emporium hasta Gades, que se creyeron protegidas por las armas romanas contra los indígenas. Cuando los romanos, en 197, organizaron su dominacion en la península occidental que comprendía, segun los nombres de la geografía moderna, al Norte, Cataluña y una parte de Aragon, y al Sur, Valencia, Murcia, Granada y Andalucía; cuando dividieron estos territorios en dos provincias llamadas España Citerior y España Ulterior, separadas por la cordillera de Cástulo (hoy Sierra Morena) y pusieron en las dos ciudades centrales de Nueva Cartago y Córdoba, dos pretores con poderes proconsulares, los habitantes ibéricos se sublevaron, poniendo en grave aprieto á los invasores. Desde entonces y durante muchas décadas, continuó sin interrupcion la guerra en la península, con un carácter poco favorable á los romanos, pues, aparte del desconocimiento completo que estos tenían del país y de las grandes dificultades del terreno, los indígenas, á excepcion de los civilizados turdetanos de la Bética, eran guerreros muy temibles. La antigua division del país en muchos pequeños territorios, había fomentado, desde antiguo, las inclinaciones belicosas y rapaces de este pueblo; y los sobrios, caballerescos y aventureros españoles eran poderosos enemigos, por su frugalidad y audacia, que hacían casi inexpugnables las murallas de las plazas fuertes por ellos defendidas. Con sus columnas de ataque y con sus cortas y anchas espadas de dos filos, que posteriormente adoptaron

los romanos, eran muy peligrosos para las legiones. La naturaleza del país, las circunstancias políticas y el carácter de los pueblos que lo habitaban, hacían sumamente difícil su sumisión y su civilización permanente. Repetidas veces, durante una larga lucha, que con varia fortuna consistió en batallas, sorpresas y combates de guerrillas, consiguieron los generales romanos apoderarse de las antiguas fronteras; pero siempre se alzaba en algún punto la rebelión del intranquilo pueblo y la lucha volvía a nacer en grandes proporciones. A esto hay que añadir que la gran masa de los pueblos intermedios no sometidos todavía, como las tribus celtiberas de Castilla y los lusitanos de Portugal y Extremadura, entre los cuales y al Noroeste vivían los cántabros, astures y galayos, atacaban u hostilizaban continuamente los pueblos fronterizos aliados de los romanos o por estos sometidos, dando motivo para que se encendiera cada vez más la lucha en el interior de la comarca. Esta guerra de España fué con el tiempo una verdadera plaga para los romanos; pues desde su comienzo hubo que mantener en la península occidental un ejército de 40,000 hombres, y entonces se demostró de un modo palpable que el deber general de la defensa de los pueblos que no se contentan con vivir en paz, sino que tratan de someter naciones apartadas y enemigas, es una carga muy pesada. La imposibilidad de reemplazar regularmente las legiones hispánicas, según el antiguo sistema, y el descontento que entre los soldados producía esta práctica, dió origen a serias dificultades, tanto más, cuanto que el servicio de la guerra en España se hizo muy pronto odioso a los romanos é itálicos, pues no les ofrecía la esperanza de hacerse con un buen botín y en cambio les ponía delante la perspectiva de luchas penosas y sangrientas. Publio Escipión había comenzado, sin embargo, una colonización itálica del nuevo territorio, fundando en 206 la colonia militar de Itálica, en la orilla occidental del bajo Betis, frente a la ciudad de Hispalis y a seis millas romanas de distancia de esta. La continuación de estas colonizaciones robusteció notablemente la situación de los romanos en España; pero la política del Senado no quiso nunca consentir en la romanización de las provincias. Así fué que continuaron el antiguo modo de hacer la guerra y la antigua y funesta costumbre de los cambios anuales de gobernadores militares. Estas dificultades, junto con la decadencia de la aptitud moral de la nobleza, hicieron nacer, durante la lucha con las tribus hispánicas, una sed de sangre en las tropas, una inclinación a la violencia y una mala fe en los generales que, repetidas durante el imperio y en la lucha con los germanos, introdujeron la corrupción en el ejército y el odio al nombre romano entre los primitivos habitantes.

El Senado, para vencer la gran insurrección del año 197, envió a España a uno de los hombres más excelentes de aquel tiempo, como militar y como ciudadano, el cónsul plebeyo Marco Porcio Catón, educado en la guerra contra Aníbal. Este general, nacido en 234 en Túsculo, dotado de una sencillez y austeridad que pocos practicaban por aquel tiempo, y que había conseguido en 198, siendo pretor de Cerdeña, la fama de ser uno de los mejores funcionarios, encontró en 195, al llegar a Emporium, punto menos que perdida la España Citerior. Pero gracias a sus dotes militares, consiguió derrotar por completo a sus enemigos en una batalla campal librada en las cercanías de Tarraco. Vencida, por fin, la rebelión en el campo de batalla, ordenó Catón el desarme general de toda la provincia Citerior y procuró, una vez esto llevado a cabo, obligar a las ciudades de los indígenas a que derribaran sus murallas. Con su talento, energía, astucia, audacia, bondad y severidad, logró establecer en poco tiempo el orden en ambas provincias hispánicas, y dedicarse con todas sus fuerzas a la administración y a la

mejor venta de los productos del país. El lamentable régimen administrativo establecido por los romanos alcanzó también a este grande hombre, que al año se vió desposeído de su cargo; y entonces aparecieron de nuevo algunos de los inconvenientes que él había conseguido vencer. Prescindiendo de los pequeños movimientos que constantemente se producían en las provincias hispánicas, tienen importancia para la historia las luchas con los lusitanos y celtiberos, que fueron causa de una nueva extensión de los territorios romanos. La guerra contra los lusitanos, que desde el año 191 había tomado mal aspecto para Roma, terminó, a lo menos por mucho tiempo, con una célebre victoria conseguida por el pretor L. Emilio Paulo y una gran batalla librada en 185 por el pretor Cayo Calpurnio, allende el Tajo. En cuanto a los celtiberos, la feliz energía de Quinto Fulvio Flaco, las dotes militares y la habilidad con que el audaz Tiberio Sempronio Graco supo en 179 ó 178 presentarse en España, y los prudentes tratados que consiguió firmar con los españoles, fueron causa de que una parte de la nación española reconociese la soberanía de Roma, y se obligase a proporcionar, en ciertos casos, tropas auxiliares a los romanos ó a pagar una contribución de guerra, a cambio de lo cual el Senado la tomó bajo su protección.

Por vez primera vemos transcurrir, después de este tiempo, un largo período de tranquilidad, durante el cual los romanos pudieron atender a sus propias provincias y explotar las ricas minas de su hermoso país, que constituían una de sus principales fuentes de riqueza. Las cargas que se impusieron a los hispanos consistían, ya en contribuciones en metálico, ya en prestaciones naturales, entre las cuales no era de las menos importantes el contingente de sus milicias. Los aliados naturales del Senado en la península, como las grandes ciudades de la costa, Tarraco, Sagunto y Gades, se encontraron en la favorable situación de municipalidades confederadas: además el Senado, para mejor asegurar la dominación romana, procuró poner coto a la codicia, rudeza y crueldad de los gobernadores que tanto enfurecían a los españoles, gobernadores de los cuales muy pocos consiguieron igualar a Catón y a Graco, padre del reformador político. Con ocasión de las amargas quejas que los españoles produjeron ante el Senado, en el año 171, es decir, en el mismo año en que se fundaba, cerca de las columnas de Hércules, la colonia latina de Carteya, y se la poblaba con mestizos hijos de soldados itálicos y de mujeres españolas, fueron enviadas a España comisiones de nobles para examinar la conducta de algunos funcionarios. Ciertamente que estos enviados no pronunciaron inmediatas sentencias contra los empleados, pero les prohibieron para lo sucesivo cometer exacciones arbitrarias en las provincias; dispusieron, además, que los impuestos y prestaciones no se recaudasen por el brazo militar, que se pagasen los suministros de cereales y que la tasa de los precios de estos no la fijasen exclusivamente los funcionarios romanos.

VI.—LAS POTENCIAS HELENISTAS. EXPEDICIÓN CONQUISTADORA DE FILIPO V DE MACEDONIA

Mientras de esta suerte los generales y los ejércitos estaban entretenidos durante muchos años en la extensa línea desde la Istria hasta el Atlántico, atravesaban las legiones el Adriático y el mar Jónico, y el Senado se interesaba cada vez más en la política griega y helenista. La política romana había, pues, acometido nuevas y difíciles tareas al Este de Italia. La primera guerra de importancia que los romanos sostuvieron en el suelo griego fué contra Filipo V de Macedonia. El orgulloso Antigónida había dado motivo para ello, aun prescindiendo del apoyo prestado a los cartagineses después de firmada la paz con Roma. El escaso provecho que los macedonios sacaron de

la guerra romana, le indujo a procurarse una indemnización en el Oriente. Cuando en 205 ó 204 falleció el Lágida Tolomeo IV Filopator y la soberanía de Egipto pasó a Tolomeo V Epifanes, niño de cinco años, convirtiéndose Alejandría en teatro de sangrientas luchas entre los grandes del reino, creyó Filipo llegado el momento oportuno de aliarse con los grandes enemigos de los Lágidas, entre los cuales se contaba el rey Seléucida Antioco III, para repartirse el odiado reino de Egipto. Mientras en Alejandría el ministro Sosibio era asesinado por Agatocles, hombre ambicioso, violento y poco ducho en política, y este a su vez lo era poco después por el pueblo insurreccionado; y mientras su sucesor Tlepolemo, ex-inspector de granos en la capital, era sustituido en el mando del ejército por el general etolio Scopas, tan aficionado a la rapiña, y en la dirección de la gran política por el hábil acarnanio Aristomenes, Filipo V y Antioco III firmaron (203 ó 202) su inícuo tratado, en virtud del cual el ejército sirio debía apoderarse de Chipre, de toda la Siria y, a ser posible, del valle del Nilo. Los macedonios, en cambio, aspiraban a la posesión de las comarcas del exterior del reino de los Lágidas, es decir, a las ciudades tracias, a las Cícladas, a Cirene y a las costas occidentales del Asia Menor. Tales como estaban las cosas, los egipcios se veían sumamente apurados para evitar que les atacara Antioco que se dirigía contra la Cilicia y las comarcas lágidas de la Siria. El éxito de la lucha estuvo vacilante durante mucho tiempo en este punto, y aun consiguió Scopas en el año 200 recuperar la Judea; pero cuando Antioco, en 198, derrotó en la montaña de Pannion, junto a las fuentes del Jordán, al ejército egipcio, la posesión del territorio fué ya imposible para éste, y en 198 ó en 197 los ministros egipcios ajustaron una paz, en virtud de la cual su joven rey debía casarse con Cleopatra, hija de Antioco, consiguiendo así salvar una parte de las pérdidas provincias sirias.

Esta guerra y una sublevación que por el mismo tiempo ocurrió en el Alto Egipto habían desarmado, por decirlo así, a los Lágidas ante los ataques de Filipo. El rey de Macedonia, sin embargo, habíase atraído, con sus intentos de conquistador y con su manera de hacer la guerra, la hostilidad de todas las potencias vecinas de segundo orden, el descontento de los griegos y, por último, la enemistad del Senado romano. Filipo había comenzado sus conquistas en el año 201, con una fuerte escuadra, y al cabo de poco tiempo la toma y destrucción de varias ciudades griegas que estaban bajo la protección y soberanía, ya de Egipto, ya de Etolia, habían sido causa de un levantamiento general. En las costas tracias, había comenzado por arrojar de Lisimaquia la guarnición etolia; por ofender a los bizantinos apoderándose de la ciudad de Perinto, que estaba bajo su clientela; por conquistar a Calcedonia, ciudad que pertenecía a su amigo Prusias I de Bitinia; por tomar por asalto a Chio, en donde se encontraba un comandante etolio, destruyéndola, a pesar de las súplicas de los rodios que habían sido siempre fieles mediadores en todas las cuestiones helénicas, y vendiendo sus habitantes como esclavos; por conquistar a Lampsaco; por tratar a Thasos, en detrimento de la capitulación vigente, de un modo análogo a Chio; con todo lo cual dió a su política tal nuevo carácter, que el mundo oriental griego, que hasta entonces se había encontrado perfectamente con la benigna soberanía del Egipto, se mostró enteramente hostil a su proceder. Esta hostilidad era tanto más fundada, cuanto que los dos jefes de la escuadra del rey, Heráclides de Tarento y el corsario etolio Dicearco, que arebató a los Lágidas las Cícladas, aventajaron en crueldad a Filipo. Los etolios, cansados de la última guerra y faltos entonces de fuerzas, por haber enviado a Scopas con sus tropas a Egipto, se

mantuvieron quietos; pero los rodios se aliaron en seguida con Chio, Bizancio y Atalo de Pérgamo, y juntos, con su escuadra mandada por el almirante Teofilisco, libraron con la armada macedónica, que se había apoderado de Samos y que amenazaba a Chio, una batalla en la cual fueron los macedonios completamente derrotados. Pero la muerte del heroico marino rodio, que pereció en este combate, paralizó la actividad de los aliados y dió a Filipo tiempo para reunir nuevas fuerzas. Una victoria por él conseguida sobre los rodios junto a la isla de Lade, le abrió las puertas de Chio y de Mileto, de suerte que las tropas macedónicas, unas llevaron la asolación al reino de Pérgamo y otras se extendieron por las posesiones que en la Caria tenían los rodios y los egipcios. Entre tanto los de Rodas robustecieron su escuadra, se unieron con los buques de sus aliados y operaron en el mar Egeo con tan buena suerte, que Filipo, amenazado ya entonces por los romanos, se apresuró durante el invierno del año 201 ó 200, a regresar a Macedonia, a fin de que en el Asia Menor no le cortaran la retirada.

VII.—GUERRA DE LOS ROMANOS CONTRA FILIPO V DE MACEDONIA. VICTORIA DE FLAMINIO I EN CINOSCEFALE

El Senado romano había visto con disgusto cómo se iba desenvolviendo la guerra de Oriente, pues a causa del cansancio que de su pueblo se había apoderado después de la guerra de Aníbal y también de la lucha que había comenzado en Italia, no deseaba enredarse en las cuestiones del mundo griego. Sin embargo, las quejas de los intereses helénicos; las infames crueldades llevadas a cabo por Filipo contra las ciudades griegas, castigo que no habían merecido los vencidos, como lo habían merecido los lugares que habían desertado de la causa romana; el deber de no permitir la destrucción de sus antiguos aliados de Alejandría y Pérgamo, ni la de los rodios, aliados mercantiles de Roma desde hacía más de cien años; y, por último, el natural temor con que había de mirar el aumento de la enemiga potencia macedónica, aumento que podía ser altamente perjudicial al comercio siciliano é itálico, fueron causa de que el Senado no considerara insensata una nueva guerra contra Filipo. Esto no obstante no quiso precipitarse, como lo había hecho en el año 218, sino que obró de suerte que Filipo, que había atacado en 203 las fronteras ilirias, apareciese diplomática y moralmente desposeído de razón. Para esto envió en 201 al almirante M. Valerio Levino con una escuadra de observación, compuesta de 38 buques, a los mares griegos; pero las demandas de auxilio que Levino hizo a los etolios fueron desatendidas y las hechas a los rodios y pergameses no pudieron ser utilizadas para el ataque, porque estos dos Estados se habían separado antes para combatir a Filipo. En cambio a Alejandría, cuyo joven rey había sido puesto bajo el patrocinio del Senado por el difunto Faraón, marchó una embajada presidida por M. Emilio Lépidio, que llevaba la misión de impedir a todo trance que Antioco III, a quien se ofrecía en recompensa la Siria, se aliase con Filipo contra Roma.

Entre tanto, durante la primavera del año 200 Filipo había proseguido la guerra, conquistado todas las plazas de las costas meridionales de Tracia, hasta Sestos, y se apresuraba a apoderarse de Abidos para asegurar sus comunicaciones con el Asia, pues en el Archipiélago solo poseía las islas de Andros, Citnos y Paros. La escuadra de los rodios y pergameses, reunida en Tenedos, no pudo salvar la ciudad que, después de una heroica resistencia, hubo de rendirse durante el verano del año 200, siendo sus habitantes pasados a cuchillo. Antes de esta rendición, Lépidio había ya visitado al rey Filipo frente a Abidos y le había comunicado las